

El olor a humo hizo sonar las alarmas en mi mente, y solté el manojo de lana con el que estaba jugueteando antes de apresurarme hacia la cocina. Mi cadera golpeó el borde de la mesa auxiliar y me giré demasiado tarde para atrapar la lámpara, que se inclinó de lado y se rompió contra las tablas desiguales del suelo.

Soltando un suspiro, me dispuse a hacer lo que pudiera por la lámpara después de rescatar las ruinas de la cena, y continué hacia la pequeña cocina al aire libre, donde una olla hervía violentamente y emitía humo negro. Con cuidado de envolver primero mi mano—ya había aprendido lo que se siente al agarrar el mango de hierro caliente con las manos desnudas—levanté la pesada olla del elemento de calefacción solar y la coloqué sobre la mesa. Las patas de hierro dejaron pequeñas marcas negras en la superficie de la madera.

Mordiéndome el labio para evitar suspirar de nuevo, agarré un cucharón de madera y removí la sopa, esperando que no se hubiera quemado demasiado pero sabiendo que la comeríamos de todos modos.

Removí la sopa durante otro minuto o dos para evitar que el hierro aún caliente la siguiera quemando, luego me desenvolví la mano y recogí la lámpara rota. Mirándola con pesar, me dirigí hacia la puerta pero me detuve en el marco para girarme y mirar la pequeña casa.

"Casa" dije, la palabra se sentía extraña en mis labios. Ningún otro lugar había encajado con esa palabra antes, pero la pequeña cabaña, bien fuera de la ciudad, con su energía inestable y sus interminables problemas de mantenimiento, simplemente se sentía como un hogar.

Sonreí mientras bajaba los tres escalones de ladrillo hasta el suelo y marchaba alrededor de la pared exterior de la cabaña a lo largo de un camino de grava desgastado que era más tierra que roca.

La cabaña daba a una curva de uno de los muchos ríos simulados que rodeaban la ciudad, su constante flujo de agua fresca era producto de bombas y compuertas en lugar de la gravedad. Una fina fila de árboles perennes bordeaba la orilla del río. Un muelle en desuso sobresalía del borde de nuestra propiedad hacia el agua en movimiento, pero nunca habíamos logrado obtener la licencia para un bote de remos y aprovecharlo.

Entre yo y el río, de rodillas en el suelo rocoso del que habíamos despejado la hierba y las malezas, estaba Nico. Por un momento, no lo vi como era, sino como había sido—tanto el niño que recordaba como la cara oscura que había llevado en esa otra vida.

El pensamiento me hizo sacudir la cabeza con mareo, como si me hubiera levantado demasiado rápido y hubiera visto estrellas. Era difícil mantener todo claro. Mucho más fácil no intentar recordar. Pero a veces los pensamientos volvían a mí, y no podía evitar pensar en ello. Había tenido una vida aquí en la Tierra, como el Legado.



Esa versión de mí había vivido una existencia corta y torturada antes de ser apagada por mis propias acciones.

Mis ojos se cerraron y tuve que tener cuidado de no respirar demasiado rápido. En peligro de hundirme bajo las olas de los recuerdos que vinieron después, me mordí el costado de la mejilla con fuerza yforcé mis ojos a abrirse de nuevo, luego comencé a trotar cuesta abajo hacia Nico. La visión de esos otros Nico se había desvanecido. Volvía a ser él mismo. Aunque su cabello seguía oscuro, su rostro era suave y amable, sus ojos tiernos. Solo mirarlo hacía que mi ansiedad disminuyera.

Él levantó la vista. Había una mancha de tierra oscura—o tal vez fertilizante—a lo largo del puente de su nariz y en su mejilla. No pude evitar sonreír al verlo.

"Es justo como temía," dijo, sonriendo ante mi sonrisa. Pero cuando volvió a mirar al suelo, la expresión desapareció para ser reemplazada por un ceño pensativo. "Esta tierra es horrible. El río aquí no ha estado el tiempo suficiente para irrigar verdaderamente la tierra circundante, y es realmente rocosa." Pasó sus dedos por la tierra, mordiéndose el labio. "Aun así, deberíamos poder hacer que funcione."

"La cena está lista," dije rígidamente. Sabía que no diría nada sobre que estuviera quemada, pero no podría dejar de pensar en ello. "A menos que... bueno, podríamos ir a la ciudad. ¿Conseguir algo bueno? La sopa se mantendrá por unos días."

Nico se levantó y se limpió las manos en sus pantalones sucios. "La quemaste, ¿verdad?"

Solté un gemido de consternación. "No sé qué pasó. La olla estaba encendida y yo simplemente me perdí..."

"Lo sé," dijo consoladoramente. De repente, estaba justo frente a mí, y sus fuertes brazos me atrajeron hacia él sin esfuerzo.

Presioné mi cara contra la curva de su hombro y comencé a temblar.

"Lo sé," repitió, su mano deslizándose por mi largo cabello castaño ceniza. El detalle se quedó grabado en mi mente. Castaño ceniza, no gris plateado. "Me ha estado pasando también," murmuró Nico, sosteniéndome con fuerza. "Pienso en algo, y de repente ha pasado una hora y no me he movido. Creo..." Tragó saliva con dificultad, y sus manos se deslizaron por mis brazos hasta que sus dedos se entrelazaron con los míos. "Creo que lo hizo Grey."

Lo hizo Grey.



Forzando una sonrisa brillante, le apreté las manos y lo alejé del jardín que luchaba por crecer. "Vamos, vayamos a la ciudad."

Me miró con desconfianza. "Es tu único fin de semana libre al mes, Cecilia. Sabes que si vamos a la ciudad..."

"Te prometo que no te arrastraré allí, ¿de acuerdo?" Le batí las pestañas suplicante.

Riéndose, me giró hasta que su brazo se posó sobre mis hombros, nuestros dedos todavía entrelazados. "Será mejor que me lave y me ponga mi traje de ciudad entonces."

Me apoyé en él, sonriendo ampliamente.

Una vez que estuvimos listos, fue una caminata de veinte minutos hasta la estación de tren, donde podíamos tomar un viaje hacia el distrito de actividades. Charlamos sobre dónde comer y podríamos permitirnos entradas para una película antigua en el cine retro o tal vez incluso revisar la oficina de licencias para un permiso de coche o bote, pero solo era conversación. Ambos sabíamos que las finanzas simplemente no daban para nada más aparte del viaje en tren y una cena económica para dos.

Una vez que abordamos el tren de levitación magnética y tomamos asiento, nos quedamos en silencio. Podía decir que Nico se estaba sumergiendo en algún recuerdo perturbador por la forma en que su sonrisa se desvanecía y sus ojos desenfocados se llenaban de tristeza. Quería saber en qué estaba pensando, pero no quería interrumpir. No, eso no era del todo cierto. La verdad era que no quería compartir el oscuro recuerdo que había emergido. Yo tenía mi propia buena cantidad de esos momentos y recuerdos, y a veces los olores de sangre y carne quemada devoraban todo lo demás. Se sentía cobarde, pero no tenía la fuerza para cargar con parte del peso de Nico.

Aun así, le apreté la mano y apoyé mi cabeza en su hombro, estando allí para él cuando regresara.

"¿Cuánto tiempo hemos estado aquí?" preguntó de repente, apoyando su mejilla contra la parte superior de mi cabeza.

"¿Qué quieres decir?"

"Aquí." Hizo un gesto vago a nuestro alrededor. "Esta vida. Este mundo."

"Nico, hemos estado..." Dejando la frase inconclusa, me alejé y levanté una pierna sobre el asiento para poder girarme y mirarlo de frente. "Ambos nacimos en este mundo. Nos conocemos desde que éramos niños en el orfanato. Tenemos toda una vida de recuerdos juntos..."

Asintió distraídamente, su enfoque aún en otro lugar. "Lo sé. Recuerdo todo, pero... no siento que me haya pasado a mí. Otras cosas, apenas puedo recordar, como mi infancia en Alacrya"—me estremecí al escuchar la mención del otro mundo—"pero



eso aún se siente real. Aquí, mi memoria de todo lo que pasó antes de que compráramos la propiedad y finalmente nos mudáramos juntos, la boda, todo... está tan claro, pero se siente..."

"Como una vida que vivió otra persona," terminé por él, pasando mis dedos por su oscuro cabello.

Él echó una mirada breve a mi expresión, luego miró sus manos inquietas en su regazo. "Solo desearía entender lo que pasó. Recuerdo la cueva, Agrona, mi—" Tragó saliva con fuerza y cerró los ojos. Su respiración salió en un temblor tenso. "Morí, Cecil."

"No," dije firmemente, agarrando sus manos y tirándolas a mi regazo, obligándolo a girarse y mirarme a los ojos. "Y aunque así fuera, no importa. Yo también morí, ¿recuerdas? Lo único que importa es que estamos aquí, juntos. No hay Legado, no hay lucha por ser reyes, no hay peso aplastante del destino sobre nuestros hombros. Podemos simplemente vivir. Juntos. Lo que sea que hizo Grey, como lo hizo, cortó ese destino y nos puso aquí."

Una pequeña y triste sonrisa apareció en el rostro serio de Nico. "No creo que fuera Grey. Bueno, tal vez su poder, pero no creo que él eligiera esta vida para nosotros." Ante mi mirada en blanco, él rodó los ojos. "Fuiste tú. Esta vida, esta imagen en la que hemos sido colocados con todos estos recuerdos perfectos, es justo como siempre has querido que sea. No puede ser una coincidencia. Tuvo que ser tú."

"No lo sé..."

Parte de mí sabía que no había vivido todos los recuerdos que tenía de esta vida. Era una nueva reencarnación, pero en lugar de ser colocados en un recipiente—un cuerpo nuevo que requeriría que tomáramos el control de alguien más—Grey de alguna manera nos había colocado en nuestras propias vidas, en nuestros propios cuerpos. Había investigado eventos pasados y confirmado que mi duelo con Grey aún había ocurrido y esa versión de mí había muerto allí. Eso no había sido borrado. Su tiempo como rey, las guerras que había supervisado, su repentina e inesperada desaparición en este mundo, todo estaba tal como había sido.

No lo entendía, pero el poder que él había manejado nos había escrito en la existencia como si siempre hubiéramos estado aquí. Retomamos justo donde yo nos había imaginado: en una pequeña cabaña junto al río, simplemente personas normales sobreviviendo lo mejor que podíamos. Sin Legado, sin maná, sin ki siquiera. Éramos simplemente... normales.



Normales y perfectos.

Sonó un ding y el tren de levitación magnética comenzó a reducir la velocidad notablemente. Me sobresalté, dándome cuenta de que habíamos estado sentados en silencio durante bastante tiempo. “Lo siento, yo...”

“Lo sé,” dijo Nico, apretando mi pierna en señal de comprensión.

Nos bajamos en el distrito de actividades y caminamos por varias calles de la ciudad, donde nos sentamos tranquilamente en uno de nuestros restaurantes favoritos y disfrutamos de una comida simple pero deliciosa—y sin quemar. Mientras terminábamos, mi comunicador sonó, informándome que alguien estaba tratando de contactarme. Había sido un lujo equiparme con un dispositivo de comunicación móvil, pero con mi trabajo, había sentido que era necesario.

Mirando a Nico con culpabilidad, presioné el botón en la banda de control que llevaba en la muñeca para responder la llamada.

“Directora, lamento mucho molestarla,” dijo de inmediato mi asistente, Evie. Sonaba agitada. “Aparentemente hubo un problema con una de las facturas, y hay dos oficiales aquí de la oficina de la ciudad.”

“¿A la hora de la cena un sábado?” pregunté incrédula, pero no esperé una respuesta. “Por suerte, ya estoy en la ciudad. Puedo estar allí en veinte minutos.”

Nico me observaba de cerca, con una expresión cuidadosamente neutral. No se molestaría por no cumplir mi promesa, pero sabía que me molestaría sin piedad por ello.

“Oh, gracias, directora,” dijo Evie, dejando escapar un suspiro de alivio. La escuché transmitir la información a los oficiales.

“Nos vemos pronto.” Desconecté la llamada y le di a Nico mi mejor puchero de disculpa. “Lo siento, es algo oficial, tengo que—”

Él levantó una mano para detener el resto de mi innecesaria disculpa. “Sabes lo que pienso sobre lo que haces. Esos niños—todos en ese orfanato—tienen suerte de tenerte, y, para ser honesto, tú los necesitas casi tanto como ellos a ti. Eres la mejor directora que podrían desear.”

“Excepto por el Director Wilbeck,” dijimos simultáneamente. Todavía nos reíamos suavemente mientras pedíamos la cuenta.